

dejaba algo más cuerdo de lo que tenía derecho a esperar. A veces, sus asaltos podían ser sutiles y feroces. Una tarde, durante la batalla de Hue, estaba yo con David Greenway, corresponsal de "Time", y consideramos necesario pasar de una posición de la infantería de Marina a otra. Estábamos enfrente justo de la muralla Sur de la Ciudadela y los ataques aéreos habían derribado gran parte de ella sobre la calle, arrastrando al mismo tiempo fragmentos destrozados y hediondos de algunos nortvietnamitas que se habían atrincherado allí dentro. Teníamos que recorrer unos cuatrocientos metros por aquella calle arriba, y sabíamos que todo el trayecto estaba expuesto al fuego de los francotiradores, los de las secciones de la muralla que quedaban en pie a nuestra derecha, los de los tejados de la izquierda. Para ir, una hora antes, a la posición en que estábamos, David fue en cabeza, así que ahora me tocaba a mí. Estábamos acucillados entre unos arbustos resecos con los marines, y me volví al tipo que estaba a mi lado, un marine negro, y le dije: "Oye, vamos a salir ahora. ¿Nos cubrirás?". Me dirigió una de aquellas miradas penetrantes y descentradas. "Podéis salir si queréis, hombre, pero tened cuidado...", y empezó a disparar. David y yo corrimos agachados, protegiéndonos cada cuarenta metros o así detrás de los fragmentos de la derribada muralla y cuando íbamos a mitad de camino, miré a David y moví la cabeza y se me escapó la risa. David era el más correcto de los corresponsales, un bostoniano de buena familia y educación impecable, una especie de patricio, aunque a él no le preocupase gran cosa el asunto. Éramos muy buenos amigos, y parecía muy deseoso de creerme, de que hubiese de veras un motivo de risa, algo divertido, así que se echó a reír también.

—¿Qué pasa? —dijo.

—¿Te das cuenta de que acabo de pedirle a ese tipo de ahí atrás que nos cubriese?

Me miró enarcando levemente una ceja.

—Sí —dijo—. Sí, es verdad. ¡Maravillosa!, ¿verdad?

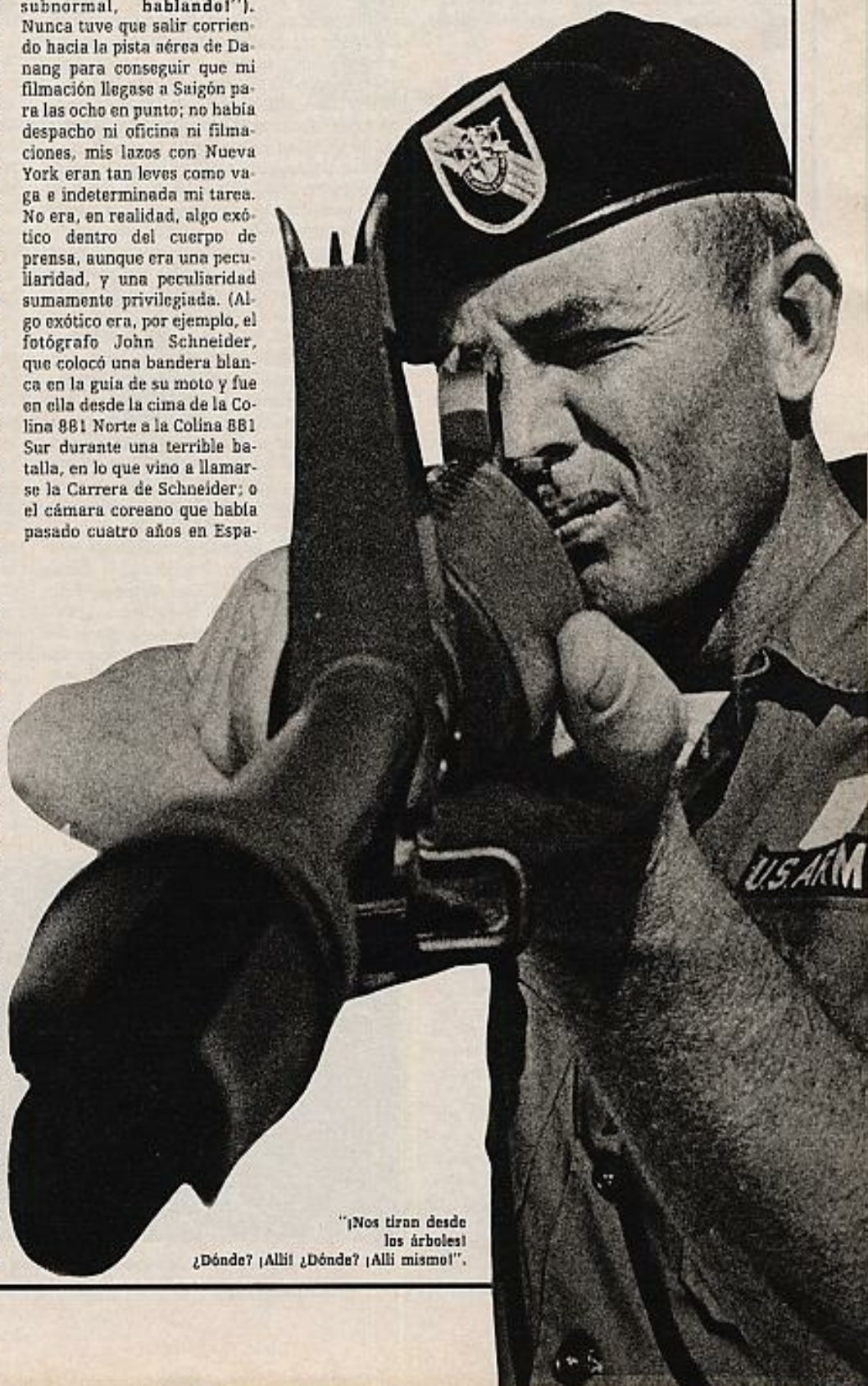
Y habríamos seguido toda la calle arriba riéndonos, pero al final tuvimos que pasar algo terrible: una casa que habían derrumbado las bombas, y que había arrastrado consigo a una joven que yacía muerta sobre un montón de madera destrozada. Estaba todo ardiendo y las llamas iban acercándose cada vez más a sus pies descalzos. En unos minutos la alcanzarían, íbamos a tener que presenciarlo desde nuestro escondite. Ambos estábamos de acuerdo en que cualquier cosa era mejor que aquello, y terminamos la carrera, pero sólo después de que David se volviese, posase en tierra una rodilla y sacase una foto.

Unos días después apareció en el "Time" el trabajo de David en Hue, elaborado en aquella uniprensa que mantenían todas las revistas y periódicos, emplazado entre otros cinco o seis reportajes de Vietnam que habían llegado aquella semana de otros cinco o seis corresponsales del "Time". Unos cinco meses después apareció en "Esquire" un artículo que había escrito yo sobre la batalla y que resultaba ya como una especie de despacho extraviado de la guerra de Crimea. Lo vi impreso por primera vez el día que volvíamos de Cerro Mitter, mientras que el ejemplar de "Time" con el trabajo de David estaba a la venta en Saigón y Danang al cabo de una semana de los sucesos descritos. (Recuerdo en concreto

aquel número porque aparecía en portada el general Giap y los survietnamitas no quisieron que se vendiese al público hasta que no se tachase con una X negra la portada de cada ejemplar, desfigurando la cara de Giap pero sin ocultarla. En aquel Tet, la gente hacía cosas muy raras.) Todo esto quiere decir que, por mucho que me guste como suene, no puedo considerarme corresponsal de guerra sin pararme a reconocer hasta qué punto es pura falsedad. Nunca tuve que correr a unas oficinas de prensa a informar (o, peor, llamar desde Danang entre el enjambre de conexiones militares. "hablando, operador, dije hablando, sí, hablando... ¡oh, pedazo de subnormal, hablando!"). Nunca tuve que salir corriendo hacia la pista aérea de Danang para conseguir que mi filmación llegase a Saigón para las ocho en punto; no había despacho ni oficina ni filmaciones, mis lazos con Nueva York eran tan leves como vaga e indeterminada mi tarea. No era, en realidad, algo exótico dentro del cuerpo de prensa, aunque era una peculiaridad y una peculiaridad sumamente privilegiada. (Algo exótico era, por ejemplo, el fotógrafo John Schneider, que colocó una bandera blanca en la guía de su moto y fue en ella desde la cima de la Colina 881 Norte a la Colina 881 Sur durante una terrible batalla, en lo que vino a llamarse la Carrera de Schneider; o el cámara coreano que había pasado cuatro años en Espa-

ña haciendo de torero, que hablaba un castellano límpido y exquisito y al que nosotros llamábamos El Taikwando; o el novelista portugués que llegó a Je Sanj en ropa deportiva, con una simple maleta, creyendo, al parecer, que el equipo de campo podía comprarse allí.)

Me encontré con Bernie Weinraub en Saigón, camino del despacho del "New York Times", con un montón de papeles en la mano. Volvía de una reunión con un grupo de "gente maravillosa" de la Oficina Conjunta de Asuntos Públicos US, y me decía: "Estoy padeciendo en este momento una pequeña crisis nerviosa. Tú no te das cuenta, pero así es. En



"¡Nos tiran desde los árboles!

¿Dónde? ¡Allí! ¿Dónde? ¡Allí mismo!".

DESPACHOS DE GUERRA

cuanto lleves aquí un tiempo, empezará a pasarte igual", riéndose tanto de la pequeña parte de ello que era verdad como de la parte que se había convertido para nosotros en chiste rutinario. Entre el calor y lo desagradable y agobiante de tener que informar todos los días, la guerra allí fuera y los publicistas de la Oficina Conjunta de Asuntos Públicos US al lado, Saigón podía ser abrumadoramente deprimente y Bernie solía aparecer atrapado por esa depresión, parecía tan demacrado y exhausto y subalimentado, que podría haber hecho de madre judía de un guerrillero palestino.

—Vamos a tomar algo —le dije.

—No, ca, no puedo. Ya sabes lo que pasa en el "Time"... —y se echaba a reír, y añadía: Bueno, tú ya sabes, tenemos que informar todos los días... Es una responsabilidad tremenda. Apenas hay tiempo... Espero que comprendas.

—Claro, hombre, perdona, no caía.

—Gracias, muchas gracias.

Pero para mí era magnífico poder reírme. El volvía al trabajo, a escribir un reportaje que se publicaría horas después en Nueva York; yo cruzaría la calle hasta la terraza del bar del hotel Continental, a echar un trago, puede que a escribir unas cuantas notas perezosas, probablemente no. Me ahorraba muchas cosas; salvo unos cuantos que asumían con mucha solemnidad sus responsabilidades profesionales, nadie me lo echó en cara jamás. Otra cosa era lo que ellos llegasen a saber de la guerra; yo sé que se esforzaban por transmitir en sus reportajes lo generoso que eran como maestros y lo desesperante que podía resultar todo aquello.

Porque trabajaban en los medios de información, para organizaciones que reverenciaban, en último término, a las instituciones implicadas: la oficina del Presidente, los militares, Norteamérica en guerra y, sobre todo, la hueca tecnología que caracterizó lo de Vietnam. No hay modo de recordar buenos amigos sin recordar las exigencias increíbles que les imponían oficinas situadas a miles de kilómetros. (Siempre que los jefes de los departamentos de información y los vicepresidentes de las cadenas de noticias y los directores de las secciones de información del extranjero se engalanaban con su uniforme de combate Avercrombie and Fitch e iban a echar un vistazo personalmente, surgía un verdadero reportaje. Nieve en los Trópicos, después de tres días de partes informativos a alto nivel y viajes en helicópteros, volvían a casa convencidos de que la guerra estaba liquidada, de que los hombres que tenían destacados allí eran muy buenos, pero que estaban demasiado cerca de los hechos y esto les ofuscaba.) Y por la periferia de aquel tema global de Vietnam, cuyos informes diarios hacían demasiado pesado, insoportable, el periódico de la mañana, perdida en los contextos surreales de la televisión, había una historia que seguía siendo tan simple como siempre: hombres cazando hombres, una guerra espantosa, toda clase de víctimas. Y había también un mando que no lo creía así, que nos metía en trampas desastrosas basándose en cálculos ficticios de bajas y una Administración que creía en aquel mando, una fertiliza-

ción mutua de ignorancia, y una prensa que por tradición y objetividad e imparcialidad (por no mencionar los propios intereses) procuraba que todo ello ocupase su espacio. Era inevitable que una vez que los medios de difusión se tomasen las maniobras de distracción lo bastante en serio para informar de ellas, las legitimasen también. Los portavoces hablaban en términos que carecían ya de valor como palabras, frases sin la menor esperanza de significar algo en un mundo sensato, y si bien la prensa ponía en entredicho gran parte de aquello, todo se mencionaba. La prensa reseñaba (más o menos) todos los hechos, reseñaba demasiados hechos. Pero nunca hallaba medio de informar de veras de la muerte, que, por supuesto, era, en realidad, la base de todo. Las pretensiones más repugnantes y descaradas de santidad en medio de la escabechina, recibían tratamiento serio en los periódicos y en los demás medios de difusión. La jerga utilizada restallaba en el cráneo como una andanada interminable, y cuando conseguías abrirte paso entre los cuentos de Washington y los cuentos de Saigón, todas las historias de la otra guerra y las de la corrupción y las de los súbitos y nuevos avances del ARVN, el sufrimiento te dejaba, en cierto modo, indiferente. Y después de suficientes años así, tantos que parecía que aquello había existido siempre, llegaba un momento en que podías sentarte allí al anochecer y oír a aquel hombre decir que las víctimas norteamericanas de la semana habían sido las más bajas de las últimas seis, que sólo habían muerto en combate ochenta marines, y tener la sensación de que acababas de hacer un buen negocio.

Si habéis leído alguna vez artículos de Peter Kann, William Hohy, Tom Buckley, Bernie Weinraub, Peter Arnett, Lee Lescaze, Peter Braestrup, Charles Mohr, Ward Just o algunos otros, sabréis que gran parte de lo que la misión quería contar al público norteamericano era una pura comedia psicótica; que la campaña de pacificación, por ejemplo, era poco más que una teta hinchada y computerizada en que obligaron a mamar a un pueblo ya violado, un programa costoso e inútil que sólo servía para conferencias de prensa. Sin embargo, en el año que acabó en la ofensiva del Tet ("1967: Un año positivo", fue el nombre

de un informe oficial de fin de año) hubo más reportajes sobre pacificación que sobre la lucha; y estas noticias tuvieron las primeras páginas, espacio en los programas de más audiencia, casi como si fuesen de verdad un hecho cierto.

Todo esto era parte de un proceso que todos a los que conocí llegaron a considerar rutinario a regañadientes; yo me libré de él. Qué increíble agobio habría sido tener que salir corriendo para el aeropuerto a ver al alcalde de Los Angeles abrazar al alcalde Cua de Saigón. (Los Angeles había declarado ciudad hermana a Saigón, y Yorty había venido a recoger votos. De no existir periódicos ni televisión, Cua y Yorty nunca se habrían visto.) Jamás tuve que informar de los almuerzos en honor del Grupo de Acción Cívica Filipino, ni reír estoiamente mientras el delegado polaco de la Comisión de Control Internacional me soltaba un chiste. Nunca tuve que seguir al mando al campo de operaciones para aquellos interminables contactos con la tropa. ("¿Y de dónde eres tú, hijo?". "Macon, Georgia, señor". "Estupendo, muchacho. ¿Recibes bien el correo, haces suficientes comidas calientes?". "Sí, señor". "Muy bien, ¿de dónde eres tú, hijo?". "Oh, yo qué sé, santo Dios, yo qué sé, ¡Yo qué sé!". "Está bien muchacho, está muy bien, ¿y tú de dónde eres, hijo?".) Nunca hube de familiarizarme con aquel laberinto de agencias y subagencias gubernamentales, nunca tuve que tratar con los "fantasmas". (Eran de la auténtica Agencia, la CIA. Hubo una interminable partida Vietnam entre soldados y fantasmas, y siempre perdieron los soldados.) Salvo para recoger el correo y para renovar los permisos, nunca tuve que ir, si no quería, a la Oficina Conjunta de Asuntos Públicos US. (Esa oficina se creó para controlar las relaciones de prensa y la guerra psicológica, y no conocí allí uno sólo que pareciera entender que eran cosas distintas.) Podía prescindir de los partes diarios para la prensa, nunca tuve que cultivar fuentes. De hecho, mis preocupaciones eran tan sutiles, que tenía que preguntar a otros corresponsales qué podían preguntarle a Westmoreland, Bunker, Komer y Zorthian. (Barry Zorthian era el jefe de la Oficina de Asuntos Públicos; durante más de cinco años él fue la información.) ¿Qué podían esperar



"Hombres cazando hombres, una guerra espantosa, toda clase de víctimas".



que dijese esa gente? Por muy elevada que fuese su posición, seguían siendo funcionarios, sus puntos de vista eran muy claros y perfectamente conocidos, famosos. Podrían haber llovido ranas sobre Tan Son Nhut que ellos no se habrían inquietado lo más mínimo; la bahía de Can Ranj podría haberse hundido en el mar de China y ellos habrían encontrado algún modo de conseguir que te pareciese positivo; podría haber desfilado la División Bo Doi (la del propio Ho) por delante de la Embajada norteamericana y ellos lo habrían calificado de "maniobra desesperada del enemigo"... ¿cómo podían, incluso los corresponsales más próximos al Consejo de la misión encontrar siempre tema para escribir al final de aquellas entrevistas? (Mi propia entrevista con el general Westmoreland había sido deprimente y desconcertante. El se fijó en que mis credenciales eran de "Esquire" y me preguntó si pensaba hacer artículos "humorísticos". Apenas se dijo nada, aparte de esto. Me fui con la sensación de que acababa de hablar con un hombre que toca una silla y te dice: "Esto es una silla", que señala una mesa y dice: "Esto es una mesa". No se me ocurría ninguna pregunta, y en realidad no hubo entrevista.) Quise saber, sinceramente, cuál era la fórmula de aquellas entrevistas, pero algunos de los corresponsales a quienes pregunté me dijeron muy solícitos no sé qué sobre "las posturas del mando", y me miraron como si estuviese loco. Probablemente fuese el tipo de mirada que le lancé a uno de ellos cuando me preguntó una vez qué sacaba yo de hablar sin parar con los soldados, esperando que le confiase (creo) que me resultaban tan aburridos como a él.

Y exactamente igual que en las películas,

había un montón de corresponsales que hacían su tarea, cumplían los plazos de entrega, despachaban las tareas informativas más descabelladas lo mejor que podían y se retiraban, observando la guerra y todos sus odiosos secretos, ganándose a duras penas su cinismo y convirtiendo en risa el desprecio que sentían por sí mismos. Si Nueva York quería saber lo que los soldados pensaban del asesinato de Robert Kennedy, ellos iban y lo descubrían. "¿Habías votado por él?". "Sí, era un tío bueno de veras, muy bueno, sí. Era... un buen joven". "¿Por quién votarás ahora?". "Wallace, creo". Recogían incluso reflexiones de los soldados sobre la elección de París como sede de las conversaciones de paz ("¿París? No sé, bueno, ¿por qué no? Quiero decir, no van a celebrarlas en Hanoi, ¿verdad?"), pero sabían lo absurdo que era aquello, lo inútil, lo irreverente. Sabían que, por muy honradamente que lo hiciesen, su mejor trabajo se perdería de un modo u otro en la riada de datos y noticias, en la masa de datos y reportajes y artículos sobre Vietnam. El periodismo convencional no podía reflejar aquella guerra más de lo que la capacidad de fuego convencional podía ganarla, no podía hacer más que coger el acontecimiento más hondo de esa década norteamericana y convertirlo en un pastel de comunicaciones, cogiendo su historia más evidente e innegable y convirtiéndola en historia secreta. Y los mejores corresponsales sabían aún más que todo eso.

Hubo una canción de los Mothers of Invention titulada "Trouble Comin' Everyday" que se convirtió en una especie de himno entre un grupo de unos veinte corresponsales jóvenes. Solíamos poner aquel disco en aquellas largas

"Yo cruzaría la calle hasta la terraza del bar del hotel Continental, a echar un trago, puede que a escribir unas cuantas notas perezosas".
"Era la misma violencia familiar, sólo que trasladada a otro medio".

veladas nocturnas de Saigón, veladas de ceniceros rebosantes, de cubos de hielo llenos de agua tibia, de botellas vacías, sin yerba ya, agotada, hablando al galope: "Sabes, miré aquella caja podrida hasta que empezó a dolerme la cabeza / Dican que observando es como los informadores se consiguen su mierda" (miradas irónicas y amargas recorren la estancia), "Y si otra conductora cae ametrallada de su asiento / Mandarán a un tío con una Brownie y lo verás todo completo" (mordida de labios, recula, risa nerviosa), "Y si aquello estalla, seremos los primeros en contarlo / Porque los chicos que tenemos allí están trabajando duro y haciendo las cosas como es debido...". Aquello no se refería a nosotros, ca, no, nosotros éramos tan listos, reíamos, guiñábamos un ojo cada vez que lo olamos, todos, fotografías de los servicios cablegráficos y grandes corresponsales de las cadenas de noticias y los de misiones especiales, como yo, reíamos todos entre dientes por lo que todos sabíamos, que detrás de cada columna de letra impresa sobre Vietnam que leías, había una cara muerta riendo y goteante; se ocultaba allí, en periódicos y revistas y se aferraba a las pantallas de tu televisión y allí seguía horas después de que apagaras el aparato por la noche, un recuerdo que quería decirte simplemente, por fin, lo que de algún modo no se había dicho.

Una tarde, poco antes de Año Nuevo, unas semanas antes del Tet, se dio un parte informativo especial en Saigón para anunciar las últimas revisiones del sistema de clasificación de aldeas del Programa de Pacificación, el perfil A-B-C-D de la seguridad del país y, por evidente deducción, del apoyo popular que tenía el Gobierno "en el territorio", lo que significaba cualquier lugar que no fuera Saigón, los soldados. Fueron muchos corresponsales, algunos porque tenían que ir, y yo pasé el rato con un par de fotógrafos en uno de los bares de Tu Do, hablando con unos soldados de la Primera División de Infantería que habían bajado del cuartel general de Lai Je para pasar el día. Uno de ellos dijo que los norteamericanos trataban a los vietnamitas como animales.

—¿Qué quieres decir? —preguntamos.

—Bueno, ya sabes lo que los hacemos a los animales... los matamos y les hacemos daño, les pegamos para enseñarles y amaestrarles. Qué coño, así es como tratamos, más o menos a los dinks.

Y sabíamos que estaba diciendo la verdad. No tenías más que mirarle a la cara para ver que sabía de veras de qué estaba hablando. No juzgaban el asunto, no creo que le inquietase siquiera en especial, era sólo una cosa en que él se había fijado. Se lo mencionamos luego a otros que habían estado en la rueda de prensa de la pacificación, a uno del "Time" y a otro de la AP, y los dos aceptaron que el chaval del Gran Rojo había dicho más sobre el programa de corazones-y-mentes de lo que habían oído ellos en una hora de estadísticas, pero sus oficinas no podían publicarlo, querían la versión del embajador Komer. Y ellos lo sabían, y tú lo sabías. ■ © Editorial Anagrama, 1980.